



I

EL EMBARQUE DE LOS EMIGRANTES

CUANDO llegué, hacia la tarde, había ya comenzado el embarque de los emigrantes hacía una hora, y el *Galileo* (*), unido á la rampa del muelle por un puente móvil, seguía tragando miseria: una interminable procesión de gente, que del edificio situado en frente salía por grupos, donde un delegado de policía examinaba los pasaportes.

Como en su mayoría habían pasado una ó dos noches al aire libre, acurrucados como perros en las calles de Génova, estaban cansados y sin poderse tener de sueño. Obreros, campe-

(*) No es el *Galileo* de la Sociedad general de Navegación.

sinos, mujeres con niños al pecho, muchachuelos con la chapa de hoja de lata del Asilo pendiente todavía del cuello; llevaban casi todos una silleta de tijera al brazo, sacos y valijas de todas formas á la mano ó sobre la cabeza, bultos de cobertores y mantas, y el billete, con el número del cubil, apretado entre los labios. Pobres mujeres, con un niño en cada mano, sostenían gruesos bultos con los dientes; viejas campesinas calzadas con abarcas, levantándose la saya por no enredarse en las traviesas del puente, mostraban sus desnudas y secas piernas; muchos iban descalzos y llevaban los zapatos al hombro. De vez en cuando, por entre aquella miseria, pasaban señores vestidos con elegantes guardapolvos, curas, señoras con grandes sombreros adornados de plumas, y sosteniendo en sus manos ó un perrillo, ó una sombrerera, ó un fajo de novelas francesas ilustradas de la antigua edición Lévy.

Luego de pronto se interrumpía la procesión humana, y avanzaba, bajo una tempestad de palos y blasfemias, una manada de bueyes y carneros, que, al llegar á bordo, se desbandaban espantados, confundiéndose los mugidos y balidos con los relinchos de los caballos de proa, con los gritos de los marineros y de los mozos de carga, con el estrépito ensordecedor de la grúa de vapor que levantaba por los aires montones

de baúles y de cajas. Después de lo cual reanudábase el desfile de emigrantes: caras y trajes de todas partes de Italia, robustos trabajadores con apesadumbrados ojos, viejos harapientos y sucios, mujeres embarazadas, muchachas alegres, jóvenes de buen humor, aldeanos en mangas de camisa, chicuelos detrás de chicuelos, que, apenas sentaban su planta sobre cubierta, en medio de tanta confusión de pasajeros, empleados del barco, y otros empleados de la Compañía, y aduaneros, quedaban atontados, ó se perdían como en una plaza llena de gente.

A las dos horas de haber empezado el embarque, el vapor, siempre inmóvil como enorme cetáceo agarrado con sus dientes á la orilla, chupaba aún más sangre italiana.

*
* *

Según subían los emigrantes, iban pasando por delante de una mesa tras de la cual estaba sentado el comisario, que los reunía en grupos de á media docena, llamados *ranchos*, inscribiendo los nombres en una hoja impresa, que entregaba al pasajero más anciano, para que con ella fuese á pedir la comida á la cocina á las horas fijadas. Las familias compuestas de

menos de seis personas, se hacían inscribir con sus conocidos ó con el primero que llegaba; y durante esta tarea de la inscripeión en todos se traslucía un vivo temor de ser engañados en la cuenta de las mitades y cuartas partes de puesto para los muchachos y los niños más pequeños: esa desconfianza invencible que inspira al campesino todo hombre con pluma en mano y registro delante. Surgían contestaciones, se oían lamentos y protestas. Después de esto, separábanse las familias: los hombres á un lado y las mujeres y los niños por otro, eran conducidos á sus dormitorios. Daba compasión ver descender penosamente á aquellas mujeres por las empinadas escalas, y penetrar á tientas en los vastos y ahogados dormitorios por entre los innumerables cubiles dispuestos en pisos como los nichos en que se colocan gusanos de seda, y unas preguntar afanosamente á un marinero, que no las entendía, por un lfo extraviado; otras dejarse caer, sentándose en cualquier sitio, agotadas sus fuerzas y como aturdidas, y muchas ir y venir á la ventura, mirando con inquietud á todas aquellas compañeras de viaje, desconocidas, inquietas como ellas, confundidas también por la aglomeracion y el desorden. Algunas, que habían descendido al primer piso, viendo otras escaleras que se perdían en la oscuridad, se negaban á bajar más.

Desde la boca del puente, abierta de par en par, ví una mujer que sollozaba fuertemente, con el rostro en el cubil (mejor que camarote): oí decir que pocas horas antes de embarcarse se le había muerto casi de repente una niña, y que su marido había tenido que dejar el cadáver en las oficinas de Orden público del puerto, para que lo llevasen al hospital (tal vez para la autopsia). Las mujeres se quedaban abajo; los hombres, al contrario, una vez colocado su hatillo, subían y se apoyaban en las bordas. ¡Qué raro! Casi todos se encontraban por primera vez sobre un gran vapor, que debía parecerles un nuevo mundo, lleno de maravillas y de misterios; y ni uno solo miraba en derredor ó á lo alto, ó se detenía á considerar una sola de las cien cosas admirables que jamás había visto. Algunos se fijaban con mucha atención en un objeto cualquiera, la maleta, por ejemplo, ó la silla de un vecino, ó un número escrito sobre un cajón; otros roían una manzana ó engullían á mordiscos un panecillo, examinándole á cada bocado placidísimamente, como lo hubieran hecho sentados á la puerta del establo de su propia casa. Tal cual mujer tenía los ojos encendidos. Los jóvenes bromeaban; pero se comprendía á las claras que era forzada la alegría de alguno de ellos. La mayoría mostraba apatía ó cansancio.

El cielo estaba encapotado y comenzaba á oscurecer.

De pronto se oyen furiosos gritos hacia el lugar donde estaba la oficina de los pasaportes y se ve acudir gente. Súpose luego que era un campesino, con su mujer y cuatro hijos, á quienes el médico había reconocido atacados de la inflamacion erisipelosa que se conoce con el nombre de pelagra. A las primeras preguntas se vió que el padre era loco, y, habiéndole negado el embarque, dió en todo género de extravagancias.

Sobre la rampa había un centenar de personas: parientes de los emigrantes, poquísimos; los más, curiosos, y muchos amigos y deudos de la tripulación, acostumbrados ya á tales separaciones.

Instalados todos los pasajeros, hubo en el barco una relativa quietud, que dejaba oír el sordo murmullo de la máquina de vapor. Casi todos estaban sobre cubierta, apiñados y silenciosos. Aquellos últimos momentos de espera parecían eternos. Finalmente, se oye gritar á los marineros á popa y á proa al mismo tiempo:—¡El que no sea pasajero, á tierra!

Estas palabras causaron un estremecimiento general en el *Galileo*. En pocos minutos todos los extraños descendieron, se levó el puente, se soltaron las amarras y levantóse la escala:

sonó un silbido y el barco comenzó á moverse. Las mujeres entonces prorrumpieron en llanto; los jóvenes que reían se pusieron graves, y no faltó hombre barbudo, que, si hasta aquel momento se mostró impassible, se pasase la mano por los ojos.

Con esta conmoción contrastaba extrañamente la tranquilidad de los marineros y empleados saludando á amigos y parientes agrupados en la rampa del muelle, como si se tratase de ir á Spezia á una excursión de horas.

—¡Expresiones!

—Te recomiendo aquel paquete.

—Dí á Luisa que haré su encargo.

—Échala en el correo en Montevideo.

—Quedamos conformes en lo del vino.

—Buen paseo.

—Que te vaya bien.

Algunos, que acababan de llegar, todavía tuvieron tiempo de arrojar paquetes de cigarros y naranjas, que fueron cogidos en el aire por los de á bordo; pero los últimos regalos cayeron en el mar. En la ciudad brillaban las luces. El vapor deslizábase poco á poco en la media oscuridad del puerto, casi furtivamente, como si se llevase carga de carne humana robada. Yo me llegué hasta la proa, metiéndome por entre lo más apiñado de la gente, que toda miraba hacia tierra para ver el anfiteatro de Génova, que pau-

latinamente se iba iluminando. Pocos hablaban en voz baja. Entre la oscuridad veía aquí y allá mujeres sentadas, con los niños oprimidos contra el seno, la cabeza apoyada entre las manos. Cerca del castillo de proa, una bronca y solitaria voz gritó en tono de sarcasmo:

—¡Viva Italia!—y levantando la vista ví un viejo alto que enseñaba el puño á la patria.

Cuando salimos fuera del puerto era de noche.

Entristecido por el espectáculo, volví á popa y bajé al dormitorio de primera clase á buscar mi camarote. Debe decirse que la primera bajada á esta especie de albergues submarinos semeja lastimosamente á una primera entrada en las cárceles celulares.

En aquellos estrechos corredores, impregnados de las emanaciones salinas del maderaje, del tufo de las luces de aceite, de olor á cuero y de perfumes de señora, me encontré en medio de un ir y venir de gente ocupada, que se disputaba á los camareros y camareras, con aquel villano egoísmo propio de los viajeros en la furia de la primera instalación. En aquella confusión, desigualmente iluminada, ví de pasada el semblante risueño de una hermosa rubia, tres ó cuatro negros barbudos, un sacerdote altísimo, y una amplia cara tostada de irritada camarera; y oí palabras genovesas, francesas, italianas y españolas.

Al volver un estrecho pasillo, tropecé con una negra. De cierto camarote salía la voz de un tenor que vocalizaba; y frente á aquél, encontré el mío, un jaulón de seis metros cúbicos, poco más ó menos, con un lecho de Procusto á un lado, un diván á otro, y en el tercero un espejo de barbería colocado sobre una palanganá empotrada en la pared y junto á una luz en equilibrio, que se mecía como queriéndome decir: ¿Qué loca idea se te ha venido á las mientes de ir á América?

Sobre el diván relucía una ventanilla redonda, semejante á gran ojo de vidrio, en el cual me ocurrió fijar la mirada como si fuese ojo humano que me hiciera guiños con expresion de burla. Y, en efecto, la idea de tener que dormir veinticuatro noches en aquella caja sofocante, el presentimiento de la molestia y de los calores de la zona tórrida, y de los coscorrones que habría de darme contra las paredes en los días de mal tiempo, los mil inquietos pensamientos tristes que tendría que devorar allí metido por espacio de seis mil millas..... Pero de poco valdría arrepentirse ahora. Miré mis maletas, que me decían en aquellos momentos tantas cosas, las palpé como si acariciara á fieles perros, últimos restos vivientes de mi casa; rogué á Dios que no me hiciera arrepentir de haber rechazado las proposiciones de cierto empleado de

una *Sociedad de Seguros*, que había venido á tentarme el día antes de la salida; y bendiciendo en mi corazón á los buenos y leales amigos que estuvieron á mi lado hasta el último instante, arrullado por el querido mar de mi patria, me dormí.



II

EN EL GOLFO DE LYON

CUANDO desperté ya era entrado el día, y el vapor navegaba ahora en el golfo de Lyon. De pronto oigo los gorgoritos del tenor en el camarote de enfrente, y en el del lado una voz seca de mujer, que decía:

—¿Tu escoba? ¿Qué sé yo de tu escoba? ¡Búscala!—voz que revelaba no sólo una ira momentánea, sino un temperamento acre y duro, que despertó en mí vago sentimiento de viva conmiseración por el propietario del objeto perdido. Un poco más allá otra voz femenina cantaba el soporífero *coco* á un niño, con extraña cantinela y modulación tal, que no me pareció podría ser de criatura de nuestra raza; ocurrióme si sería la negra que había visto la tarde anterior; su canto era entrecortado por